

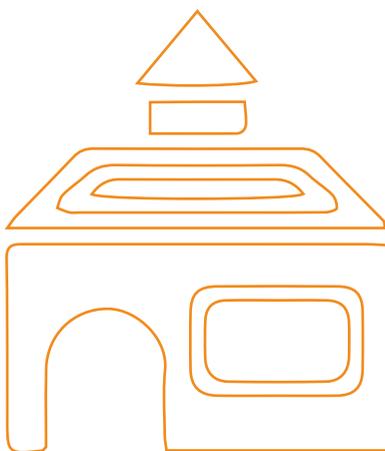
Christine Sypnowich

QUEEN'S UNIVERSITY

christine.sypnowich@queensu.ca

LA CONCIENCIA IGUALITARIA DE GERALD A. COHEN *

Hace veinte años, en una fría mañana de la primera semana de enero, en la Universidad de Oxford, los estudiantes universitarios, los de posgrado y los catedráticos llenaban una amplia sala de conferencias en la elegante Escuela de Exámenes de la Octava Calle de Oxford. En la pieza había una agitación palpable, todos esperaban la llegada de G. A. Cohen, el filósofo marxista que en ese momento ocupaba la cumbre de la filosofía política anglosajona como recién nombrado profesor Chichele de teoría social y política. El lugar se llenó de silencio cuando en él entró un hombre pequeño, vivaz, con ojos agudos y una mata de pelo gris. Su conferencia fue la primera de una serie sobre “Autopropiedad, Propiedad sobre el Mundo, e Igualdad” [“Self-ownership, World-Ownership, and Equality”] que exploraba un pendiente marxista sobre la libertad individual, tema que normalmente no se encontraba en el centro del debate filosófico de Oxford. La audiencia contaba con izquierdistas, hambrientos de forraje para sus creencias radicales, y con filósofos analíticos, vacilantes sobre si el



pensamiento socialista podía ser algo más que un dogma. Ambos campos se desengañaron sobre sus prejuicios. Los izquierdistas aprendieron que sus más profundas convicciones debían someterse a un escrutinio riguroso, mientras que los filósofos analíticos atestiguaron la defensa de un argumento igualitarista radical por medio de las técnicas de la filosofía analítica. Esa brillante y chispeante conferencia (y las que vinieron después) fue *un tour de force*: ejemplificaba la pasión de Cohen por la igualdad junto con un fuerte sentido de responsabilidad intelectual.

Este libro celebra el veinteavo aniversario de Cohen en la Cátedra Chichele. En sus primeros días en este lugar, con frecuencia Cohen confesaba tener un sentimiento de incongruencia en la institución All Souls College, ésta no sólo representaba lo que muchos toman como el último éxito de un académico, sino también el mundo enrarecido de un tipo de club de caballeros del siglo diecinueve con vinos caros, plata y sirvientes. De hecho, Cohen había recorrido un largo camino desde sus modestos inicios como hijo de obreros de Montreal.

Gerald (Jerry) Cohen nació en 1941 en una familia judía comunista. Sus padres se conocieron durante las batallas para construir un sindicato en la industria del vestido, en las que enfrentaron represiones brutales por parte de la policía. En la comunidad radical de los Cohen,

*Este artículo forma la primera parte de la introducción al libro *The Egalitarian Conscience. Essays in honour of G. A. Cohen*, editado por Christine Sypnowich, 2006, Oxford Press. Se publica con autorización de la autora. [Nota de la traductora: Patricia Gutiérrez-Otero.]

la política lo llenaba todo: a los cuatro años, Jerry fue enviado a una escuela judía comunista, la escuela Morris Winchewsky; permaneció ahí hasta la edad de once años, cuando la escuela cerró después de incursiones hechas por el “Escuadrón rojo” de la policía de Quebec, a la altura de el anticomunismo quebequense de la era McCarthy.¹³

La vida británica de Cohen inicio en 1961 cuando fue al New College, Oxford, para realizar su posgrado en filosofía. Ahí, bajo la influencia de filósofos como Gilbert Ryle, Cohen adquirió la técnica de la filosofía analítica. Mientras que la mayoría de los estudiantes del ala izquierda eran hostiles a la filosofía de Oxford, considerándola vacía de importancia política, Cohen acogió con entusiasmo esta escuela de pensamiento. Su bagaje marxista era tan fundamental, tan invulnerable al ataque, que él inevitablemente vio que las técnicas de la filosofía analítica no eran objetos de sospecha, sino algo complementario de sus creencias radicales. Recuerda: “Vine a Oxford ya marcado por el marxismo, y, entonces, a diferencia de la mayoría de contemporáneos políticamente afines, no tomé filosofía en la universidad para adquirir ideas importantes” (Cohen 1988: xi). En consecuencia, Cohen inicialmente mantuvo separadas sus actividades políticas y filosóficas. Su primera publicación (1966) trató un tema con una relación remota con el marxismo.

En 1963, Cohen fue designado profesor asistente de filosofía en el University College, en Londres; más tarde se volvió profesor y, después, profesor adjunto de filosofía; permaneció ahí hasta 1984. Durante ese periodo, Cohen comenzó a complementar sus opiniones políticas con su investigación filosófica. Escribió artículos sobre temas marxistas, desplegando su entrenamiento en Oxford para defender principios centrales del materialismo histórico. Su trabajo



más distinguido en este periodo fue *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa* (1978), ganador del Premio Conmemorativo Issac Deutscher.

Posteriormente Cohen describió este libro como: “Un homenaje al medio en el cual aprendí el sencillo marxismo que el libro defiende.” “Refleja gratitud hacia mis padres, hacia la escuela en la que aprendí, hacia la comunidad en la que me crié (Cohen 1988: xi).” Pero, no era un libro dogmático o apologético; era un argumento incisivo, realista sobre la plausibilidad del determinismo económico. Para Cohen, el proyecto de defender el argumento de Marx según el cual la sociedad, la política, y el curso de la historia están de alguna manera determinados por las relaciones económicas, presentaba un claro desafío: evitar una confianza excesiva sobre que el terreno de lo no-económico debe necesariamente servir propósitos económicos.

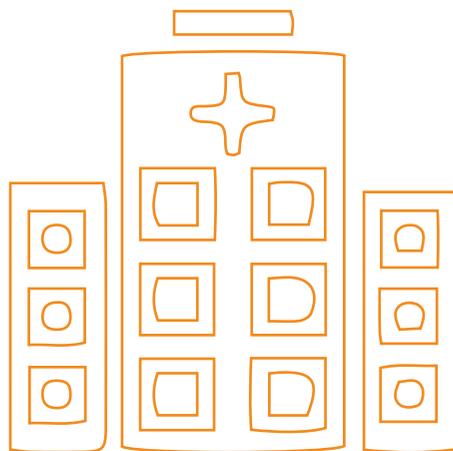
El disciplinado enfoque de Cohen sobre el marxismo en ese celebrado libro se volvió la base para una nueva escuela de pensamiento que buscaría aplicar las virtudes de la filosofía analítica: coherencia, rigor y claridad, a los principios del marxismo. Modestamente, Cohen comentó que su libro: “Recibió más atención de la que de otra manera se le habría otorgado en virtud de la coincidencia de haber salido a la luz cuando cierto número de otros estudiosos marxistas habían comenzado a dedicarse a trabajar en un enfoque que ahora se conoce como *marxismo analítico*” (2000a: i). Pero pienso que es justo decir que el marxismo analítico no habría existido de no haber sido por el trabajo de Cohen.

Esta escuela de marxismo analítico incluye filósofos, sociólogos, investigadores políticos y economistas. Estos recurrieron al análisis lógico de la filosofía, a las técnicas de la economía

neoclásica, y a la teoría de la elección racional de la ciencia política contemporánea. Cuatro de ellos han contribuido en este libro: Jon Elster, John Roemer y Hillel Steiner, entre los que fueron miembros originales, y Joshua Cohen, quien se sumó al grupo en 1990. A lo largo de los años ochenta, Cohen, agujoneado sin duda por este creativo y estimulante círculo de almas gemelas en lo intelectual y en lo político, publicó artículos sobre cuestiones de explotación, clase y materialismo histórico con una veta analítica.

El enfoque marxista analítico o marxista *no-bullshit* continúa, por supuesto, informando el trabajo de Cohen (de hecho, el fenómeno del *bullshit* lo fascinó tanto que se volvió un tema por derecho propio en una de sus publicaciones, Cohen 2002). Cohen, en sus escritos, también siguió considerando el futuro de la izquierda, contribuyendo con consideraciones filosóficas interesantes e importantes sobre el futuro tanto del socialismo como del marxismo en la era postsoviética.

A mediados de los setenta, sin embargo, desde su erudición emergió un nuevo tema cuando comenzó a moverse del marxismo *per se* hacía una crítica de la filosofía política liberal. El primer blanco de Cohen fue la teoría del alguna vez izquierdista libertario Robert Nozick, y su idea de la inviolabilidad del patrimonio inmobiliario del individuo. Podría considerarse raro que un marxista se molestara incluso en considerar este punto de vista, los marxistas y los libertarios están tan alejados entre sí, que un debate fructífero ni siquiera sería posible. Sin embargo, Cohen notó una comunalidad sorprendente: ambas posiciones sostienen una forma de autoapropiación: la idea de que un individuo es propietario de su-

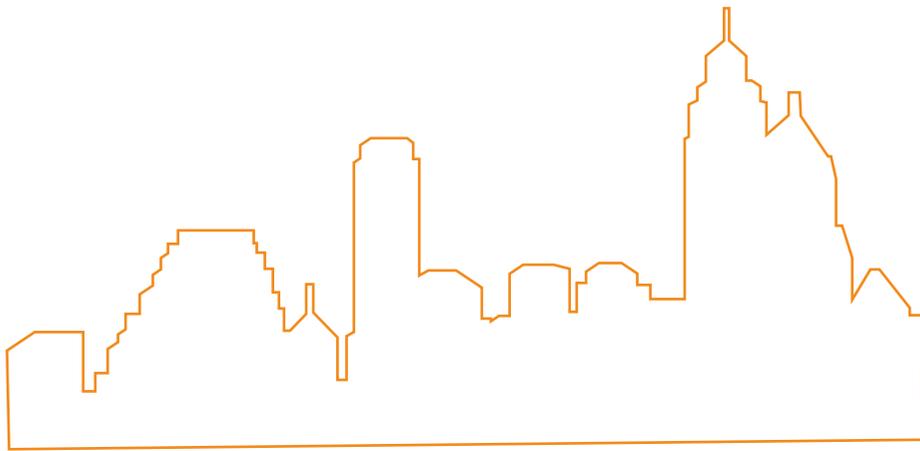


persona y de sus poderes.¹⁴ Sin embargo, para Cohen, en el caso libertario, la obligación con la propiedad privada tiene precedencia sobre el ideal de la persona como un ser libre, autodeterminado; en su convincente argumento, el marxismo es una filosofía que tiene más principios sobre la libertad.”

Una de las publicaciones de Cohen (1990) de este periodo lleva el subtítulo “¿Por qué Nozick ejercita más sus capacidades con algunos marxistas que con cualesquiera de los liberales igualitarios?”, con lo que transmite la ironía de que pensadores que mantienen cierta distancia en el espectro político tienen más cosas en común con los libertarios que con sus camaradas liberales más cercanos. La alusión a los liberales igualitarios presagiaba también otro centro de atención de la filosofía política contemporánea que emergería en los escritos de Cohen. En los ochenta, era del *glasnost* y de Thatcher, Cohen investigaba los principios y

argumentos del igualitarismo liberal contemporáneo. Para él, los argumentos más importantes para redistribuir la riqueza venían de los liberales y era de suprema importancia que estos argumentos fueran escudriñados críticamente. Y eso hizo, con su aplomo característico. Entonces, Cohen retomó preguntas como éstas: ¿Igualdad de qué?; ¿la sociedad igualitaria debe satisfacer gustos caros?; ¿cuál es el ámbito o terreno de la obligación igualitaria?

La segunda pregunta ¿cuánta igualdad se nos puede pedir? Emergió en particular en la investigación de Cohen sobre Rawls. Cohen estaba insatisfecho con la concesión que Rawls hacía a la sociedad justa: bajo la premisa de que la riqueza desigual no tiene bases morales, la sociedad puede atribuirle un papel a los incentivos con el fin de aumentar sus medios para mejorar a los más desfavorecidos. El asunto del enriquecimiento personal y de la justicia igualitaria dieron lugar a más cavilaciones. *¿Si eres igualitario, por qué eres tan rico?*, fue el humorístico título que Cohen formuló para indicar sus recelos sobre cuán poco la justicia rawlsiana puede demandar del compromiso personal de la gente. Por supuesto, el título era irresistible, y suscitaba sonrisas irónicas entre los estudiantes con tan sólo mencionarlo. Ese ensayo y el libro que le siguió fueron estimulantes, originales, sazonados con las anécdotas y los recuerdos evocadores y humorísticos de Cohen (¡ incluso su tendencia por las melodías pop!). Ambos tuvieron mucha influencia y fueron muy citados. Recuerdo claramente a Cohen presentando una versión preliminar del documento original a un grupo de filósofos morales y políticos; el agudo argumento debió poner el dedo en la llaga de su audiencia, algunos de ellos entraron en un alegato especial bastante vergonzoso sobre por qué uno no debería estar obligado a realizar contribuciones



personales para la redistribución de la riqueza. La experiencia confirmó la necesidad de que se aplicara esta “conciencia igualitaria”, no sólo a los razonamientos filosóficos sobre la justicia pública, sino también a la argumentación y la práctica de la justicia privada.

La inquietud de Cohen sobre la meta de la justicia en el razonamiento igualitario liberal, en el que el principio igualitario está restringido por hechos sobre la motivación humana, se ha ampliado en una investigación en curso sobre el rol que juegan los hechos en la teoría normativa. En esto, Cohen expone tanto las dificultades centrales del igualitarismo como ahonda en cuestiones metaéticas y fundacionales sobre la teoría moral y política. Lo publicado, entonces, promete llevar su trabajo más lejos, a nuevas e interesantes direcciones. Por eso, este libro, mientras busca honrar a Jerry y su maravillosa carrera intelectual, no se puede decir que brinde algo que sea como un comentario final sobre los temas.



Traducción del inglés: Patricia Gutiérrez-Otero.